

AL ÁNDALUS

Antecedentes: la conquista musulmana.

Desde el siglo V el reino visigodo controlaba la mayor parte de la península Ibérica. Pero los reyes visigodos tenían poca autoridad; intentaban que la corona pasase de padres a hijos, pero los nobles se resistían a aceptarlo y provocaban continuas luchas por el poder. A principios del siglo VIII luchaban por el trono Witiza, hijo del rey anterior, y Rodrigo, el conde de la Bética, la región más rica del reino. Witiza llamó en su ayuda a los musulmanes, que pocos años antes habían conquistado el norte de África. El año 711 el comandante Tarik, al frente de tropas de árabes y bereberes, cruzó el estrecho de Gibraltar y derrotó al noble visigodo don Rodrigo en una batalla junto al río Guadalete (Cádiz); pero Tarik no entregó el trono a Witiza sino que aprovechó la ocasión para ocupar la península Ibérica y unirla al imperio musulmán.

El califa de Damasco envió a Muza con un ejército que reforzara el de Tarik. En pocos años los musulmanes dominaron las principales ciudades de la península Ibérica, muchas de las cuales prefirieron capitular con los musulmanes y no resistirse a su dominio; a cambio, los musulmanes respetaron su religión y a sus autoridades. Tarik y Muza no se interesaron por conquistar las regiones del norte peninsular, donde no había ciudades y la economía y formas de vida eran muy primitivas.



El emirato dependiente (711- 756).

Los musulmanes llamaron "Al Ándalus" al territorio que conquistaron en la península Ibérica. La capital del emirato estaba en la ciudad de Córdoba. Tras la conquista los musulmanes afianzaron su dominio sobre los territorios peninsulares. Poco a poco, muchas personas de origen romano y visigodo (que eran cristianas) se fueron convirtiendo al Islam e integrándose en la cultura musulmana.

El emir intentó extender la conquista más allá de la Península; atravesó los Pirineos e invadió el reino franco pero fue detenido por el mayordomo del palacio, Carlos Martel, en la batalla de Poitiers, en el año 732.



En la conquista de Al Ándalus participaron muchos bereberes, de origen norteafricano, que se instalaron sobre todo en el valle del Duero. El Islam dice que todos los musulmanes son iguales en derechos y dignidad, pero en realidad los árabes acaparaban el poder y ocupaban las mejores tierras; los bereberes, disgustados se sublevaron contra el emir. Este pidió refuerzos a Damasco y sofocó la revuelta. Pero los bereberes no regresaron a sus tierras, de modo que en esa región quedó deshabitada y se empezó a llamar "Tierra de Nadie".

El emirato independiente (756- 929).

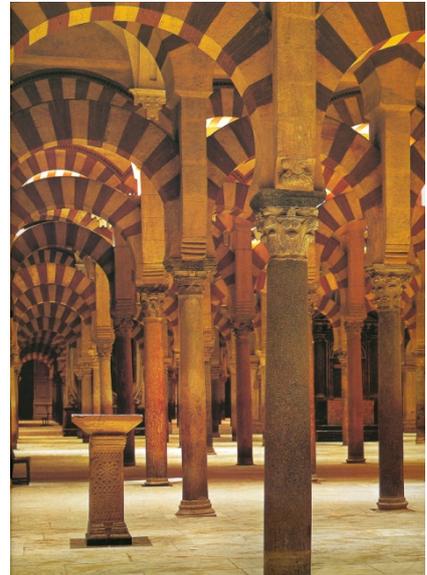
El año 750 la familia de los abbasíes arrebató el trono del califato a los omeyas, después de matar a casi toda la familia. Sin embargo, un miembro de los omeyas, el príncipe Abderramán, consiguió escapar de la matanza y ocultarse en Mesopotamia y Egipto y, por fin, llegó al Magreb, donde supo que

en Al Ándalus había muchos árabes partidarios de los omeyas y que no aceptaban la autoridad del emir, que ahora era obediente al califa abbasí.

Abderramán negoció con los partidarios de los omeyas en Al Ándalus, organizó un ejército, venció al emir y se proclamó a su vez emir de Al Ándalus. Se negó a aceptar la autoridad política del califa abbasí, enemigo de su familia, y solo aceptaba su autoridad religiosa. Fundó una dinastía que pasaba el cargo de emir de padres a hijos, lo que reforzó aún más su poder. Dividió el territorio en provincias o coras, cada una gobernada por un walí, que dependía completamente de él y designó cargos políticos, como los visires o ministros, que también dependían de él y que trabajaban a su lado, en el palacio de Córdoba.

Con los omeyas también llegaron las formas de vida y la cultura de las regiones orientales del Mediterráneo, que eran muy civilizadas. Abderramán mandó construir una mezquita en Córdoba según el modelo de la que había en Damasco y también jardines y un palacio que recordaba a los que había en su ciudad de origen. El prestigio de la religión y la cultura musulmanas creció tanto que la población comenzó a convertirse rápidamente al Islam (los nuevos musulmanes se llamaban "muladíes"). Incluso las personas que seguían siendo cristianas adoptaron la lengua y las modas de origen árabe. Son los "mozárabes" que quiere decir "personas que imitan a los árabes". Las ciudades se recuperaron y crecieron y, gracias al contacto con otras regiones musulmanas del Mediterráneo, floreció el comercio y se desarrolló la artesanía.

Pero la sociedad andalusí estaba muy dividida y en su interior había muchos conflictos, entre los mozárabes y los musulmanes, entre muladíes y los musulmanes antiguos y entre las propias tribus de origen árabe. Además, los gobernantes de las provincias aprovechaban la menor oportunidad para desobedecer al emir y hacerse independientes. Por otro lado, los territorios cristianos del norte aprovechaban para extenderse.



El califato omeya (929- 1031).

El año 912 subió al trono del emirato Abderramán III; estaba decidido a imponer su autoridad y para lograrlo hizo una reforma del ejército, al que dotó de un cuerpo especial de caballería y de soldados casi profesionales, que estaba siempre preparados para el combate; así pudo derrotar a los walíes que se habían hecho independientes; también utilizó el ejército para combatir a los cristianos del norte. Para reforzar la frontera con ellos, levantó una serie de fortalezas en las zonas más expuestas, sobre todo en el curso alto del río Duero.

El año 929 Abderramán III se proclamó califa, el título más importante en el Islam, jefe religioso y político con poder absoluto. Negó todo tipo de obediencia al califa de Bagdad pero le imitaba, adoptando el protocolo de su corte, con ceremonias solemnes que hacían de él una especie de ser superior. Estableció relaciones de amistad con los gobernantes más importantes de su tiempo, como el emperador del Bizancio o el Papa. Se hizo construir un enorme palacio a las afueras de Córdoba, llamado Medina Azahara, que era en realidad una especie de ciudad en la que había huertos, talleres, una mezquita... y por supuesto un gran cuartel donde estaba el ejército que lo protegía. Abderramán consiguió el respeto de los reyes y condes de los territorios cristianos del norte, que le adoptaron como árbitro de sus disputas y procuraban su protección y amistad.

El Califato de Córdoba en el año 1.002



El sucesor de Abderramán III, su hijo Alhakam II, continuó la política de su padre, y dedicó gran parte de su fortuna a la cultura: reunió una importante biblioteca y una corte de sabios en Medina Azahara y mandó construir la parte más rica de la mezquita de Córdoba. En esta época, Al Ándalus vivió una época de gran esplendor; su capital, Córdoba era la ciudad más importante del occidente europeo, y en ella y en otras muchas florecían la artesanía y el comercio.

Sin embargo, con la llegada al trono de Hixam II, hijo del califa anterior, se inició una crisis. El califa abandonó el poder en manos de su primer ministro, Abdallah ben Alí, conocido como Almanzor (El Victorioso. Para ganarse el respeto de los andalusíes atacaba a los cristianos del norte; sus expediciones, llamadas aceifas, partían de la capital y en pocos días llegaban a una importante ciudad cristiana (Barcelona, Pamplona, Santiago), la saqueaban y regresaban con el botín. Las tropas de Almanzor sembraban el pánico por todas las regiones que atravesaban que y estropearon mucho las relaciones con los cristianos.



A la muerte de Almanzor, el año 1004, sus hijo y luego su nieto mantuvieron el poder, como si fueran dictadores; mientras, el califa, permanecía ocioso en su palacio y perdió todo el respeto de los andalusíes. El año 1009 estalló una crisis en la que cada walí luchaba contra todos los demás para independizarse, ampliar su territorio o dominar al vecino. Como consecuencia, el año 1031 Al Ándalus quedó dividida en reinos completamente independientes.

Los reinos de Taifas.

A partir del año 1031 Al Ándalus se convirtió en un conjunto de pequeños reinos, las taifas, cada uno con un rey, que era su antiguo gobernante o un usurpador. Algunos eran especialmente extensos y poderosos, como los de Toledo, Zaragoza o Badajoz; otros, en cambio casi diminutos, como el de Niebla o el de Morón.

A partir de este momento, Al Ándalus pasó de ser el territorio más poderoso de la península Ibérica a ser el más débil. Los reyes taifas seguían enfrentados entre ellos; en sus luchas, no dudaban en pedir ayuda a los reyes y condes cristianos, a los que a cambio entregaban importantes cantidades de oro, las parias. Además gastaban mucho dinero en sostener grandes ejércitos mercenarios, en embellecer sus palacios y en mantener artistas en la corte, con la pretensión de imitar el esplendor de los antiguos califas y ser más importantes que los reyes vecinos.

Los reyes de taifas eran muy impopulares; sus súbditos los consideraban impíos porque no respetaban las normas del Corán, en especial la que se refería al pago de la limosna, que los reyes taifas convirtieron en elevados impuestos, y los culpaban de que Al Ándalus estuviese dominada por los infieles cristianos. En uno de estos reinos, el de Toledo, había una importante comunidad mozárabe; los mozárabes de Toledo negociaron con el rey de León y de Castilla, Alfonso VI, para entregarle la ciudad y, con ella el enorme reino que poseía. El año 1085 Alfonso VI entró triunfante en Toledo y los demás reinos de Taifas se alarmaron del empuje de los cristianos y de lo precaria que era su situación.



Los almorávides y los almohades.

Durante la segunda mitad del siglo XI

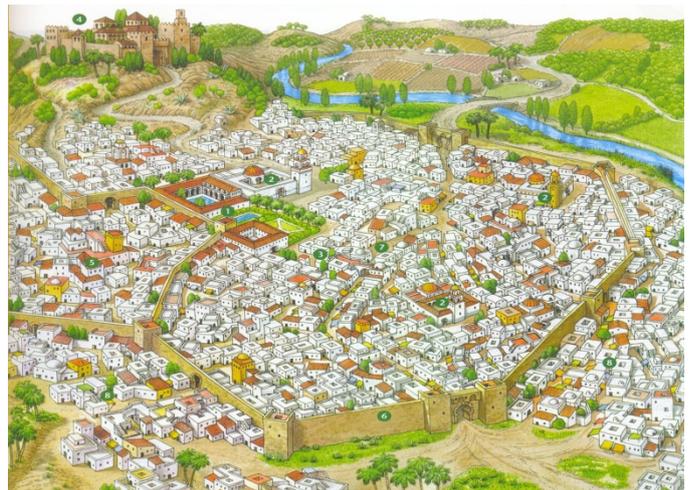


apareció en el norte de África un movimiento religioso que pretendía devolver la pureza al Islam. Sus seguidores se llamaban "almorávides". Vivían en fortalezas que también eran como monasterios, dedicados a la guerra y la religión. El año 1053 los almorávides se hicieron dueños de la región del Magreb y organizaron un imperio con capital en Marrakech. Cuando el año 1085 el rey cristiano Alfonso VI conquistó el reino Taifa de Toledo, el rey de Sevilla, Almutamid, envió embajadas al emir de los almorávides para que le ayudaran a luchar contra los cristianos. Así, el año 1086 los almorávides cruzaron el estrecho y derrotaron

a Alfonso VI en la batalla de Sagrajas.

Pero los almorávides pensaban que los reyes de taifas eran tan infieles como los cristianos, y su emir, Yusuf, decidió que no merecían mantenerse en el trono así que al cabo de cinco años regresó a la península Ibérica expulsó a los reyes de Taifas e incorporó Al Ándalus al imperio almorávide. Al principio, los almorávides fueron muy estrictos en cuestiones religiosas y persiguieron todo lo que consideraban peligroso para la religión, como la filosofía, la literatura o el arte, que tanto se habían desarrollado en Al Ándalus. Pero pronto se dejaron seducir por el refinamiento y las formas de vida de los andalusíes, perdieron su rigor y unidad y los gobernantes se hicieron independientes en sus provincias y se debilitaron.

Además, en el centro del imperio almorávide, en el norte de África, surgió un grupo dispuesto a desplazar a los almorávides: los almohades, que también defendían una religiosidad más estricta y eran sus rivales. Conquistaron Marrakech, y el año 1146 atravesaron el estrecho, sometieron todas las ciudades de Al Ándalus, que de nuevo quedó unida bajo un poder fuerte y cuya capital instalaron en Sevilla. A finales del siglo XII se enfrentaron a los reyes cristianos y les derrotaron, asegurando así de nuevo el dominio musulmán en la península Ibérica. Pero como sus antecesores, los gobernantes almohades



también terminaron por separarse en territorios independientes y el imperio almohade no tardó en perder su unidad y su fuerza. De este modo, a lo largo del siglo XIII, los cristianos fueron sometiendo sin gran dificultad los distintos reinos almohades. Solo un rey consiguió permanecer independiente, el rey nazarí de Granada, cuyo reino permaneció hasta el año 1492.

La vida en Al Ándalus.

La sociedad andalusí era muy heterogénea, es decir, que estaba formada por distintos grupos, cada uno con formas de vida y cultura diferentes. El grupo más importante era el de los musulmanes, en el que a su vez había distintos grupos: los descendientes de los conquistadores, de origen árabe o sirio, estaban en lo más alto de la sociedad, eran dueños de grandes latifundios y de ellos dependían muchas familias que les eran fieles, y ocupaban los cargos más importantes de la administración. En una posición inferior estaban los bereberes y los muladíes, estos últimos convertidos al Islam o bien descendientes de personas que pocas generaciones atrás habían sido judíos o cristianos.

Además estaban las personas de las otras religiones monoteístas, a los que los musulmanes llamaban "dimníes" que quiere decir "protegidos" porque las autoridades toleraban sus respectivas religiones. Vivían según sus propias leyes y costumbres; dentro de las ciudades ocupaban barrios

distintos donde se levantaban, según el caso, sus iglesias o sinagogas. En general, los cristianos adoptaron más características de la cultura musulmana que los judíos y por eso se les conoce en esta época como "mozárabes," (que imitan a los árabes). Los judíos, con la intención de preservar sus costumbres y religión, se mantenían más aislados, pero llegaron a ocupar importantes funciones en la administración y desempeñaban oficios especialmente valorados, como la medicina o la óptica. Hasta el siglo IX, las tres religiones convivieron con gran tolerancia y armonía y muchos sabios musulmanes se esforzaron en conciliar las verdades de los tres credos; pero a partir de esa fecha algunos grupos de mozárabes empezaron a sentirse descontentos de vivir en un país musulmán y emigraron a los reinos cristianos del norte. Con la llegada de los almorávides y los almohades, mucho más estrictos en cuestiones religiosas, la convivencia se hizo mucho aún más difícil.

Además había en Al Ándalus un grupo muy numeroso de esclavos; como en otras regiones del mundo musulmán, algunos eran personas que habían sido educadas para la administración, la música o el arte y tenían cargos importantes en palacio y en las casas nobles, pero la gran mayoría era esclavos domésticos o que trabajaban en las minas y el campo.

La economía andalusí fue siempre muy próspera. Como ya hemos visto, las ciudades de todo el Mediterráneo recuperaron su vitalidad bajo el dominio musulmán, y así sucedió también en la península Ibérica, donde antiguas ciudades romanas como Toledo, Córdoba, Sevilla o Zaragoza se convirtieron en grandes centros económicos y culturales; además los musulmanes fundaron muchas ciudades nuevas, como Almería, Jaén, Granada, Guadalupe o Madrid. Los musulmanes introdujeron en la península Ibérica técnicas de cultivo y especies nuevas, tanto agrícolas (naranjas, alcachofas, caña de azúcar, algodón, arroz...) como ganaderas (ovejas merinas, caballos de raza árabe, etc.)

El arte andalusí.

El arte de la época omeya.

La primera etapa del arte andalusí corresponde al emirato y luego califato de los omeya, entre los años 756 y 1031. Tiene influencia romana y también en algunas características de época visigoda.

- Las construcciones omeyas más importantes son mezquitas, pero también hubo edificios profanos (como el palacio de Medina Azahara,) y se construyeron fortalezas (alcazaba de Mérida, castillo de Gormaz), puentes (Córdoba) y otras obras de ingeniería.
- Los edificios están hechos con piedra o ladrillo y cubiertos con techos de madera. Como soportes utilizan pilares y, sobre todo, columnas con capiteles corintios, al principio aprovechados de edificios romanos y visigodos; en época califal se hicieron capiteles nuevos que tienen una minuciosa decoración calada.
- El arco más característico es el de herradura califal; está rodeado de una moldura decorativa o alfiz. En los arcos alternan dovelas blancas y rojas, por influencia de la combinación de piedra y ladrillo de algunas construcciones romanas. Con el tiempo aparecieron otros tipos de arco, como los polilobulados o entrecruzados.
- Para cubrir pequeños espacios usaban cúpulas ligeras formadas por arcos que no se cruzan en el centro. Sus diseños son muy variados y con interesantes juegos geométricos.

El edificio más importante de la época omeya es la mezquita de Córdoba; su construcción se inició en el siglo VIII, bajo el emirato de Abd al- Rahman I, sobre el solar de una iglesia. Se orientó hacia el sur, como las mezquitas sirias; todos los emires y califas omeyas contribuyeron de alguna manera a ampliarla o embellecerla, pero las intervenciones más importantes fueron las de Abd al- Rahman II (siglo IX), que prolongó las naves hacia el sur y construyó un nuevo mihrab, Alhakam II (siglo X), que amplió las naves también hacia el sur y construyó el mihrab actual y la maxura y Almanzor (finales del siglo X), que añadió siete naves al oeste. En el siglo XVI quedó gravemente alterada por la construcción de la catedral en medio del haram o sala de oración.



La mezquita de Córdoba tiene un sistema constructivo muy logrado, que se mantuvo en todas las ampliaciones que se realizaron a lo largo de los siglos. Las naves están separadas por filas de arcos de medio punto, que a su vez están reforzados por arcos de herradura enjarjados, es decir, con las dovelas inferiores incluidas en la base del arco de medio punto, haciendo la función de tirantes. Este sistema permitió elevar los techos y crear un espacio amplio, sin que los arcos se cayeran. En los arcos alternan dovelas de color rojo y blanco.

La ampliación de Alhakam II es la más cuidada: los capiteles corintios están finamente tallados, con una labor de trépano; el mihrab tiene planta octogonal y delante de él está la maxura, formada por arcos entrecruzados y cubierta por una cúpula gallonada. Todas las superficies están decoradas por azulejo, mosaico y mármol con ataurique, creando un efecto fascinante.

El arte de los taifas.

Entre los años 1031 y 1085, los reyes de taifas imitaban el arte de los califas. En el reino de Zaragoza, el rey Al- Muqtadir mandó construir el palacio de la Aljafería; es una fortaleza de planta cuadrada, con torres cilíndricas. Junto a las habitaciones privadas del rey hay una pequeña mezquita de una sola nave, de planta octogonal, revestida con arcos mixtilíneos (formado por líneas curvas y rectas) y un mihrab con un arco califal.

El arte de los almohades.

Los almohades pusieron su capital en Sevilla y allí levantaron una gran mezquita, que fue derruida a finales del siglo XIV y de la que hoy solo se conserva el alminar y el patio (llamado "de Los Naranjos"). Para defender la ciudad, los almohades restauraron sus murallas y construyeron torres comunicaban la muralla con el río Guadalquivir, como la llamada Torre del Oro.

